

Elena Garro

*Un corazón
en un bote de basura*



I

El pequeño cocktail sucedía con la precisión que gustaba al padre de André, que observaba con agrado el salón de soltero de su hijo dispuesto con elegancia: libros, cuadros escogidos, figurillas africanas y aztecas, sofás amplios de mullidos cojines de pluma, mesas pequeñas con ramilletes severos y lámparas blancas, mapas antiguos y fotografías de André en sus cacerías en África y en Guatemala. El salón contaba la biografía de un joven culto, inquieto, de buenas maneras y educación impecable, mientras callaba su vida disoluta y su obstinación en negarse al orden de los negocios y la disciplina de una empresa y de una esposa. Miró a su hijo que conversaba en una esquina con el señor Ramsey; a su lado estaba Charlotte con los hombros desnudos, sosteniendo una copa con la dignidad de una cariátide. El padre de la joven comentó alentador:

– Tu hijo es magnífico – y lanzó una mirada circular sobre el salón y el reducido número de invitados.

– Espero que no desperdicie esta última oportunidad que le brindo – contestó severo el padre de André.

– Los americanos han sacado la mejor impresión de él. Mira a Ramsey... observa a Harriman.

En efecto, mientras Ramsey hablaba animado con André, Harriman contemplaba los cuadros y las figurillas antiguas con evidente admiración. De pronto frente a un espejo semioculto por los cortinajes se echó a reír a carcajadas. La risa inesperada del hombre de negocios hizo que todos se volvieran hacia él:

– ¡El recado es encantador! – exclamó Harriman en un francés de duro acento. André lo miró alarmado y Charlotte avanzó sonriente hacia él. Harriman leyó en voz alta:

– “Tu baño delicioso. No tengo qué comer. Una limosna. Úrsula” – y mostró el espejo, en donde estaban las palabras escritas con jabón. Ramsey, divertido, se acercó también.

Las frases opacas y blancas crecieron en el espejo mientras los padres de André y Charlotte apagaron sus cigarrillos y trataron de decir algo. La joven se lanzó intrépida:

– Es una hippie. Son una plaga – agregó con desdén para cerrar el incidente que amenazaba con hundir su propia dignidad y la de su padre.

– ¡No es una hippie! – replicó André, mirando colérico a Charlotte.

– ¡Claro que no es una hippie, se baña! Debemos llevarle un pavo – intervino Ramsey sonriendo.

Sus palabras no tuvieron eco. Las miradas de los invitados estaban fijadas en André, que sostenía su copa como si la fuera a estrellar entre los dedos. Ramsey agregó:

– Debe ser una de esas personas encantadoras a las que hemos arrojado a la acera con nuestras acciones... ¿O no es así, André?

– Exactamente, son nuestras acciones... – empezó André.

– Creo que las acciones de la señorita Úrsula son peores que las nuestras – opinó su padre con voz tajante.

– Úrsula es una señora amiga mía – lo interrumpió André.

– ¿Una señora? – comentó el padre de Charlotte, con alivio al oír que la limosnera era casada.

La joven sintió la ofensa de las frases del espejo y la actitud de André. Observó que las miradas se fijaban en ella, y con soltura hizo lo que le pareció digno: humedeció una pequeña servilleta en una cubeta de hielos y con ella borró las palabras del espejo. André la miró hacer.

– Se borró el incidente – exclamó aparentando frivolidad.

– ¿Se borró? – preguntó Ramsey con malicia.

André miró la mancha blancuzca dejada en el espejo y tuvo un mal presentimiento. Apuró su copa de un trago. No tenía valor para enfrentarse a aquella gente y su ira cayó sobre Úrsula, que se exponía a semejantes comentarios. ¿Por qué había hecho eso? "Ha violado la intimidad de mi casa, ha abusado de mi amistad", se repitió sin convicción. En ese momento sólo deseaba salir en su búsqueda y provocar una escena, reñirla por inconsciente. "Está loca", concluyó, mirando rencoroso la perfecta impasividad de Charlotte. La reunión volvió a su curso normal. Charlotte con la servilleta mojada se dirigió a la cocina, en donde Juana, ayudada por un mesero alquilado, preparaba bandejas, copas y bocadillos. La joven le entregó la servilleta sucia y le preguntó con desgano:

– ¿Y se bañó aquí esa mujer?

– ¿La señora Úrsula? Sí, se baña aquí todos los días – contestó Juana con respeto.

"Se baña aquí todos los días", se repitió Charlotte, y las palabras quedaron escritas en su memoria con una tinta más fuerte que el jabón utilizado en el espejo. Rencorosa volvió al salón. Debía ignorar la ofensa. Hizo una entrada indiferente.

– Creo que debemos irnos. No sería justo llegar retrasados a la cena de Madame Dejean – exclamó Charlotte.

Su padre la miró con aprobación y el padre de André se sintió aliviado; en la casa de su hijo la presencia inesperada de esa mujer llamada Úrsula no iba a borrarse fácilmente. Era como si un soplo de desorden hubiera interrumpido el giro elegante y suave de la reunión.

– Nosotros dos preferiríamos buscar a Úrsula – dijo Ramsey a André en tono confidencial.

— ¿Nosotros dos? — contestó André mirándole a los ojos.

— Entiendo... perdón.

Charlotte avanzó con su espléndido abrigo de pieles y André la ayudó a ponérselo. Todos la imitaron y la fiesta — como las palabras del espejo — se borró en ese instante dejando atrás sólo unas copas abandonadas, colillas y bocadillos mordisqueados.

El grupo bajó la escalera de piedra y cruzó el solitario vestíbulo, en donde los pasos retumbaron fúnebres como dentro de una cripta. Salieron a la calle oscura y fría, en donde una pequeña fila de automóviles elegantes esperaba. André avanzó al lado de Charlotte, con el llavín del auto en la mano. Sentada en el borde de la acera, vestida con una gabardina y una mantilla sobre los cabellos rubios, estaba Úrsula acompañada de un desconocido a quien André no pudo ver la cara. Ambos hablaban animadamente. Pensó dirigirse a la pareja, pero sería humillante para él delante de aquel grupo de intrusos elegantes. Con desesperación se lanzó a su automóvil. Úrsula levantó la cara sorprendida e hizo ademán de decir algo, luego calló sin dejar de mirarlo. Su acompañante, vestido con un grueso suéter, en cambio, permaneció impassible, inclinado como si mirara atentamente el suelo, con los brazos apoyados sobre las piernas, en la actitud de un atleta en descanso. Ignoró al grupo que se desplazaba hacia los automóviles. André, al arrancar el auto, trató de ver la cara del desconocido. A su lado, Charlotte parecía no haber notado a la pareja, sin embargo apenas se alejaron preguntó con frialdad:

— ¿La mujer que te miraba era Úrsula?

— ¿Úrsula?... ¿Úrsula sentada a media calle? — preguntó furioso.

II

La pareja, sentada en el borde de la acera, vio a cada uno de los automóviles irse.

— ¡No me saludó! — exclamó Úrsula asombrada.

— ¡Vámonos! — ordenó Dimitri tratando de sonreír, mientras con el dedo índice aplastaba las narices de su amiga en señal de juego, como si nada desagradable hubiera sucedido. Se pusieron de pie dispuestos a partir.

— ¡No, tú no conoces a André! Estoy segura de que me dejó algo con Juana. ¡Verás!

El joven no pudo detenerla, la vio entrar al vestíbulo y subir corriendo la escalinata de piedra. Juana abrió con suavidad la puerta:

— ¿Me dejó algún recado André? — preguntó Úrsula tranquila.

— No, señora Úrsula. Ninguno. Se enojó cuando leyó lo del espejo — dijo la criada compungida.

— ¿Nada? — insistió Úrsula incrédula.

— Nada...

Sin una palabra más, Úrsula corrió hacia las escaleras y las bajó con precipitación. En la calle la esperaba Dimitri con aire sombrío.

— Tenías razón, Dimitri — confesó humillada.

El muchacho le echó un brazo por encima de los hombros y ambos se alejaron en silencio por la calle elegante. A esa hora, a través de las cortinas de sedas claras de las ventanas, se filtraba la luz de los candiles y se adivinaban vidas silenciosas, de pasos y gestos ordenados. Dimitri silbaba una vieja canción eslava, marcial y melancólica, para marcar el paso de ambos. De pronto empezó a cantarla. Se cruzaron con transeúntes envueltos en abrigos pesados de invierno, que los miraron con simpatía. Úrsula se detuvo:

— Ya sé que crees que hice mal en pedir una limosna. ¡Dímelo!

— No, pequeña Úrsula, creo que él hizo mal negándotela — contestó Dimitri con seriedad.

— ¡Qué tonto!... los mendigos son misteriosos y confiados. Uno nunca sabe quiénes son, ni por qué de pronto te eligen a ti para depositar su confianza. Hay uno que a veces aparece en los Champs Elysées envuelto en una gran capa de pieles, y si eres el elegido, saca una campanita y la toca. Yo creo que es un gran personaje... A mí siempre me elige.

– No lo dudo. Pero si deseas algo, ve y cógelo tú misma. ¡Nadie te lo va a dar! Dimitri se puso serio al decir estas palabras. Después cogió a su amiga por los hombros, volvió a silbar la vieja canción eslava y se alejaron por la calle.

Muy tarde Charlotte y André atravesaron la ciudad. La noche era muy fría y las calles estaban quietas. André detuvo su auto frente a la casa de la joven, estaba humillado y melancólico. Ella le acarició la mano:

– Todo salió perfecto. No debes preocuparte, ¡tienes un porvenir tan brillante!

– ¿Brillante?... ¿Te parece brillante trabajar con Ramsey y con Harriman? – dijo burlón.

– ¡Claro! Si no echas todo a perder por esa... señora.

André no contestó. Charlotte y su grupo eran incapaces de entender a Úrsula: la habían tomado por una mendiga. A Charlotte sólo se le ocurrió romper el mutismo de su amigo echándole los brazos al cuello. André cedió al abrazo y ambos se besaron largamente. Después se zafó del abrazo:

– Es tarde, Charlotte. Tu padre te espera.

Tenía urgencia de alejarse. Ella bajó del auto poseída de una autoridad que lo exasperó:

– ¿Vienes a montar con nosotros a Maison Lafitite? Pasaré a buscarte temprano – aseguró Charlotte antes de dirigirse a la puerta de su casa.

Se sintió aliviado cuando la vio desaparecer. Al volver a su departamento lo encontró otra vez intacto. Los criados habían recogido los restos de la fiesta. Sólo en el espejo quedaba la mancha blancuzca. Pensativo, la miró un buen rato y se miró a sí mismo en el espejo. Sacó un cigarrillo y se dejó caer en un diván, mientras marcaba un número de teléfono. Le contestó una voz masculina:

– ¿Es la casa de la señora Úrsula? – preguntó André sobresaltado.

– Sí, ¿qué quiere? – dijo la misma voz huraña.

– Hablar con ella – contestó indignado André.

– No se puede, está dormida – contestó la voz con severidad y cortó la comunicación.

André miró el teléfono con incredulidad. Le pareció increíble que un hombre estuviera con Úrsula a esas horas:

– ¡Dormida! – murmuró. Una vez acostado en su cama trató de dormir.

III

Temprano, André oyó entrar a Juana, que le traía la primera taza de café del día.

— Si viene la señora Úrsula, ¡dígame que se acabó el baño!

— No creo que vuelva. Anoche puso una cara muy sorprendida — dijo la sirvienta.

André quiso preguntar más, pero Juana abandonó la habitación. Cuando se afeitaba cambió de opinión y llamó a la sirvienta a grandes voces para ordenarle que preparara con cuidado el baño para la señora Úrsula:

— ¡Calientale las toallas! — dijo severo.

Él mismo colocó los frascos de sales y lociones en los lugares más visibles.

— La señorita Charlotte lo espera abajo — anunció Juana.

André cogió un sobre, metió unos billetes en él y escribió en el sobre: "Perdón, querida Úrsula." Lo cerró y lo colocó visible sobre un frasco de sales. Se puso de prisa la bufanda y salió. Colocó el llavín de su casa debajo de la alfombrilla de entrada, en el lugar convenido entre él y Úrsula. Una vez en la calle, subió con desgano al automóvil de Charlotte. Ésta lo examinó de arriba a abajo y le dio un toque a la bufanda:

— Te ves muy bien en traje de montar — dijo satisfecha.

Galoparon por los bosques húmedos de árboles desnudos, respirando el aire cargado de bruma. André creía ver figuras misteriosas y signos dejados especialmente para él sobre los troncos negros de los árboles.

Durante la comida guardó silencio. Veía arder los leños de la chimenea y las llamas también le hacían signos maléficos, como si los duendes del fuego le sacaran la lengua burlones. Había cometido un error: se había avergonzado de la amistad más entrañable que poseía y al hacerlo se había apartado de lo maravilloso; tuvo la impresión de haber dado la vuelta a la última página de su infancia poblada de cuentos y seres mitológicos.

Al atardecer volvió a su departamento. Había pasado un día largo y tedioso.

— ¡El día estuvo formidable! — exclamó Charlotte s radiante. El la miró irónico. La joven agregó:

— Pasaré por ti a las nueve en punto — ordenó la amazona, ahora dueña de un automóvil tan poderoso como su caballo, pero menos hermoso. La miró asombrado. Charlotte parecía más dotada para las máquinas que para la naturaleza, de la que parecía haberse desprendido hacía ya mucho tiempo: "no le queda ni una hebra de musgo", se dijo.

André subió corriendo las escaleras. El llavín estaba donde lo había dejado. Fue directamente al baño y lo encontró intacto; el sobre estaba sobre el mismo frasco de sales. Humillado lo cogió y se lo echó al bolsillo. Úrsula no había ido. En su agenda buscó la dirección que su amiga le había dado, se echó un abrigo y salió precipitadamente. No se olvidó de colocar el llavín: "Úrsula es imprevisible", se dijo.

No tardó en encontrar la callecita en la orilla izquierda del Sena. Estacionó su automóvil y cruzó el gran portón abierto y oscuro. Se encontró en un patio que parecía abandonado. Un gato oscuro saltó de un bote de basura y un hombre pequeño le salió al paso:

— La casa de la señora Úrsula — dijo André al desconocido, que parecía amenazador.

— La primera puerta, en el primer descanso de la escalera.

André se encontró frente a una puerta pequeña y pesada, y llamó con un campanillazo. A través de una mirilla enrejada, le llegó la voz conocida de la criada de Úrsula.

— ¿Quién llama?

— ¡André!

Al dar su nombre, la puerta se abrió y apareció ante él una mujer enorme con una vela en la mano. Se sorprendió:

— ¿Es usted Adela? — dijo.

— Sí, señorito André — contestó la mujer en español.

El físico de la mujer lo dejó atónito. La mujer lo hizo pasar a un enorme salón completamente vacío, los muros eran blancos y los techos altísimos. La luz de la vela no alcanzaba los rincones. Al fondo se abría una puertecilla en el muro espeso, que conducía a otra habitación igualmente vacía, y en la cual sólo había una mesa pequeña y dos sillas. De pronto la casa se llenó con la música de Rachmaninoff, que venía de un clavecín invisible.

— La señora se pondrá contenta al verlo. ¡Le quiere tanto, que no hace sino cantar sus alabanzas! — dijo Adela conduciéndolo al pie de una escalera de caracol, que partía de una esquina del cuarto—. Suba, por la música dará con ella — ordenó, reteniendo la luz—. No se la doy al señorito, porque no tengo otra — terminó la criada.

André subió casi a tientas. La escalera conducía a otra habitación igualmente vacía. Con la luz de su encendedor vio adosada a uno de los muros una enorme chimenea y tendida en el suelo junto a ella, una colchoneta y una manta. La música de Rachmaninoff venía de un pasadizo, se acercó y vio el resplandor que venía de la habitación situada al final del pasadizo. Asombrado, se detuvo y miró como un espía el interior de ese cuarto inundado de música. En una cama pequeña de latón estaba Úrsula, bajo las mantas cubiertas por una colcha blanca. Su amiga llevaba una camisa de noche de mangas largas y cuello cerrado como el de una colegiala. Atenta escuchaba la música del clavecín, que el joven de espaldas atléticas tocaba ensimismado.

El instrumento musical estaba colocado cerca de una ventana, y él y la cama constituían todo el mobiliario. Retrocedió humillado y se pegó a uno de los muros del pasadizo para observar a la extraña pareja. De pronto la música cesó. Hasta él llegó la voz profunda de Dimitri:

– ¿Se te quitó el frío después del baño frío?

– Sí, toca más, Dimitri – contestó Úrsula.

– Pensaba en ti... y creo que debes volver con tu marido.

– ¡Dimitri, no me digas eso!

– Sí te lo digo. No conoces el mundo... yo no tengo nada que ofrecerte... ni siquiera un baño caliente...

Desde su lugar oscuro, André vio a Dimitri levantarse agitado y acercarse a la cama en donde Úrsula reposaba. El joven gesticulaba y su hermoso rostro eslavo brillaba al resplandor de la vela.

– ¡Ese individuo, ese André!... ¿Sabes?, ¡es un pobre mezquino, un burguesito que sólo quiere acostarse contigo!

Hasta André llegó la alegre risa de Úrsula:

– ¡No, Dimitri! André nunca ha tenido esa idea.

Dimitri se detuvo y la miró con fijeza:

– Úrsula, las personas como tú y yo estamos en un túnel, no tenemos salida. En una de las bocas están ellos, yo me escapé... y en la otra boca están estos... de los que tú quieres escaparte, y, en medio, sin salida, estamos nosotros, condenados...

El joven se sentó a los pies de la cama y miró al vacío.

– No tenemos salida... no hay solución para nosotros – repitió cansado.

– ¿Crees que son iguales? – preguntó ella asombrada. A

– ¡No sólo iguales sino complementarios, Úrsula!, ¡son los verdugos de la poesía, los enemigos de la belleza, los asesinos de la música!... ¿No comprendes que son cómplices del mismo crimen?

André vio cómo Dimitri tomaba las manos de Úrsula y las ponía sobre su frente. Se sintió un criminal espiando una vida misteriosa a la que él no tenía acceso, y dolido, atravesó de puntillas la habitación, bajó la escalera y buscó la puerta. No quería que Adela viera su derrota.

Una vez en la calle subió a su automóvil y corrió por las avenidas elegantes, en donde una vida abierta se extendía por las terrazas de los cafés. Pronto la primavera verde y refulgente se extendería por la ciudad.

Desde la cocina, en la que sólo había un poco de pan, Adela escuchó la música nuevamente y subió hasta la habitación de su ama.

— ¿Se marchó el señorito? — preguntó curiosa.

— ¿Cuál señorito? — dijeron al unísono Dimitri y Úrsula.

— El señorito André — respondió Adela asombrada.

Úrsula y Dimitri se echaron a reír:

— La dieta te produce alucinaciones — comentó la joven divertida.

— ¡Vaya!, le digo que estuvo aquí. Yo misma lo hice entrar y le mostré el camino.

Los jóvenes se miraron alarmados. Dimitri golpeó sobre el teclado:

— ¡Es un espía! — gritó con fuerza.

— Ahora sabe que estás aquí... — dijo Úrsula asustada.

Ambos guardaron silencio, después Úrsula agregó:

— ¿A qué vendría si nunca se había dignado visitarme?

— ¡Vamos, tuvo ganas de ver a la señora! Qué idea de que es espía. ¡Vaya tonterías! Le gusta la señora y se marchó cuando lo vio a usted — dijo Adela señalando a Dimitri.

Al llegar a su casa, André encontró a Charlotte esperándolo en su automóvil. La joven lo miró con reproche:

— ¡Son las diez y todavía estás en traje de montar! — exclamó.

Ambos subieron al departamento. Mientras André se cambiaba, Charlotte se preparó un whisky. Cuando su amigo apareció la miró sin afecto y se sentó a esperar a que ella terminara su bebida. Charlotte se acercó a él, se sentó muy cerca y preguntó maternal:

— ¿Es ella, verdad?... Úrsula.

Le acarició la mano y luego le ofreció la boca, se abrió el abrigo y le acercó los hombros perfumados, que André besó distraído.

— Esas mujeres son peligrosas... siempre enredan a los hombres en aventuras involuntarias que luego se complican. André, por favor, ten cuidado... no es de tu clase.

André ignoró la frase "no es de tu clase". El perfume de Charlotte era penetrante.

Ambos terminaron en el diván. Charlotte le encendía los cigarrillos. Él se sintió atrapado: se asfixiaba. Se levantó de un salto:

— Creo que debemos ir al Novy... daremos algún pretexto para llegar tan tarde — dijo nervioso.

Charlotte no se inmutó, lo miró sonriente:

— ¿Para qué? Yo puedo preparar algo aquí.

Se envolvió en su abrigo y se dirigió a la cocina. Indefenso, André la contempló en sus idas y venidas. La joven estaba radiante mostrando su eficacia. Con presteza preparó una bandeja que trajo al salón:

– ¡Somos ricos, hasta tenemos un poco de caviar! – exclamó.

Charlotte tomaba la iniciativa con la precisión de un mayordomo y la seguridad posesiva de una esposa, era imposible escapar. Cuando aceptó volver a su casa, André la contempló vestirse y respetuoso la acompañó hasta su automóvil.

– Prométeme que no volverás a ver a Úrsula – dijo segura de su triunfo.

André la miró incrédulo.

– ¡No eres de su clase! – suplicó Charlotte.

– Es verdad. Ni tú tampoco. Ella es distinta... no aceptaría verme más – dijo él convencido.

– ¿Estás loco? ¿Qué más quisiera que echarte el guante? – dijo indignada la joven.

– Vete, Charlotte. Vete ya.

La muchacha lo vio con ojos penetrantes.

– No olvides que mañana vamos al teatro con Ramsey y con Harriman y su esposa.

Le fue difícil conciliar el sueño. El cuarto entrevisto de Úrsula bañado por la luz de una vela y la música del clavecín se le aparecía como un sueño, una aparición milagrosa: quizá no lo había visto, quizá sólo lo había imaginado. Por la mañana ordenó nuevamente a Juana que preparara el baño para la señora Úrsula. La criada lo miró con ironía:

– Tal vez tampoco vuelva hoy – dijo.

Al mediodía abandonó la oficina de su padre y decidió ir a la casa de Úrsula. Adela, al verle, sonrió zalamera y lo condujo a la habitación en donde estaba colocada la mesa. Úrsula ocupaba una de las sillas y comía sosegada un plato de lentejas. Al verlo, saltó y le besó ambas mejillas:

– ¡Andresillo!

El la miró con severidad:

– No has ido a bañarte y vine a ver por qué has tomado esa decisión – dijo sin comentar lo absurdo de la casa, ni la conducta de Úrsula.

La muchacha volvió a su lugar y le ofreció la silla restante. En la mesa. André vio otro lugar preparado y un plato de lentejas empezado y nervioso sacó un cigarrillo:

– ¿Es de tu amigo? – preguntó tratando de ser superficial.

– ¿Mi amigo?... no, ya se fue. Es para Adela...

André apoyó los codos sobre la mesa, hizo a un lado el plato y la miró con fijeza:

— Úrsula, no mientas. Ese hombre es tu amante. Por eso escapaste de tu marido.

— ¡No, no, no! ¡Pobrecito Dimitri! Es mi amigo, es un gatito de gotera al que recogí hace tres semanas -- gritó ella.

— ¿Lo recogiste? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Estás loca? Vas a acabar mal recogiendo vagabundos para convertirlos en tus amantes y si se llama Dimitri, debe ser un comunista.

— ¡André, no digas cosas vulgares! No quiero oírlas de ti — suplicó Úrsula.

— Tal vez digo vulgaridades porque sólo soy un hombre vulgar — dijo André convencido.

Un campanillazo interrumpió el diálogo. Ambos quedaron en suspenso y hasta ellos llegaron la voz educada de un hombre y las exclamaciones de Adela. Entró al salón un hombre vestido de azul marino que volvía más pálidos sus cabellos rubios. André pensó que le recordaba a alguien conocido. Pero dónde. Tal vez había visto su fotografía en los periódicos. El recién llegado exclamó al ver a Úrsula:

— ¡Ah!, la linda fugada. ¡Qué bueno verte! Me hacías falta, mucha falta...

Úrsula corrió hasta él y le besó ambas mejillas. Él la tomó de las manos y la examinó con atención:

— ¡Estás guapísima! No pude resistir tu ausencia y vine a buscarte.

— ¿Cómo están todos? — preguntó ella.

— ¡Aburridísimos como siempre!

El desconocido miró a André, que de pie, no sabía qué actitud tomar.

— Jesús Gándara, y André — presentó Úrsula sin formalidad.

Jesús, con una sonrisa de extrañeza, avanzó y tendió la mano. Adela, desde la puerta, contemplaba la escena encantada:

— Algo me decía que el señorito Jesús iba a venir un día de estos — dijo taimada. Jesús se volvió a ella y echó a reír:

— No te pongas pitonisa, Adela, que no te va. Eres tú la que me escribiste para darme esta dirección y hoy por la mañana te llamé — dijo divertido.

— ¡Adela! ¿Hiciste eso? — gritó Úrsula enfadada.

— ¡Y claro que lo hice, si la señora sólo hace disparates! — contestó la criada.

André decidió irse, se sintió inoportuno. Jesús forcejeó con cortesía para que se quedara, el que debía irse inmediatamente era él. Además, en la casa sólo había dos sillas: estaba claro que Úrsula no contaba con que se quedara.

— Vendré esta noche por ti y hablaremos muy seriamente — dijo echándose a reír, y sin ninguna intención de hablar "muy en serio".

André salió primero. No conocía a Jesús, pero su nombre le era familiar, estaba en todas las notas elegantes. Desde su automóvil, mientras encendía un cigarrillo, vio aparecer a Jesús Gándara en el umbral del portón, y dirigirse a un taxi que le esperaba.

Apenas salieron André y Jesús, Úrsula subió corriendo y encontró a Dimitri tendido en la colchoneta, mirando el techo de la habitación; lo cogió de la mano y lo hizo bajar con ella a la mesa. Dimitri la miró con preocupación.

— Adela, calienta las lentejas. Ese par de burgueses hicieron que se enfriaran — ordenó tranquila.

— ¿De modo que para ti soy un gato de goteras? — preguntó dolido.

— Sí. Un gatito — contestó Úrsula guiñándole un ojo.

— La señora debe ponerse guapa para salir esta noche. No sé cómo voy a plancharle el traje: no hay plancha, ni luz. Tampoco tiene perfume... ¡qué desgracia!, ¡qué desgracia! — exclamó Adela, mientras colocaba los platos humeantes frente a los dos comensales.

Apenas terminó la comida, Dimitri, sin decir una palabra, se fue a la calle. Úrsula, preocupada, lo vio irse. Al oscurecer volvió silencioso y subió para encontrar a su amiga bien arropada en su cama blanca. El muchacho se sentó a los pies de la cama y miró a Úrsula con calma. Después sacó de debajo de su suéter una pequeña caja de cartón forrada de encaje negro y lo puso sobre la colcha:

— Femme de Rochas, para Úrsula de Dimitri — dijo muy serio.

Úrsula cogió la cajita, la abrió, destapó el frasco de perfume y lo aspiró con deleite:

— Perfume... — dijo extasiada.

Dimitri se rio satisfecho.

— Sí, ¿qué, la calabaza no se va a convertir en carroza esta noche? — dijo contento.

— ¿Y cómo lo conseguiste? ¡Es carísimo! — dijo Úrsula asombrada. Dimitri hizo la seña de robar.

— ¿Eres ladrón? — preguntó ella tranquila.

— Sólo robo para mi ama — contestó Dimitri, que súbitamente se puso de pie y eufórico empezó los pasos salvajes de una danza eslava en mitad del cuarto. Después, ruidoso, se lanzó sobre la cama de Úrsula y le besó el cuello y las manos. Adela interrumpió el juego con voz seca:

— La señora debe vestirse.

Con la cabeza baja, Dimitri salió de la habitación.

IV

El vestíbulo del teatro era pequeño para el público que asistía al estreno de gala de Barrauet. El busto de Moliere miraba desde sus hermosos ojos ciegos de estatua a la concurrencia charlatana, que le lanzaba el humo de sus cigarrillos sin ningún respeto, y esa indecencia debía sufrirla cada noche. André anunció a sus amigos:

— Voy a tomar un poco de fresco.

Charlotte lo acompañó y en silencio caminaron bajo las arcadas de piedra que circundan el teatro y llevan a los jardines del Luxemburgo. Las arcadas vacías y oscuras ofrecían la posibilidad de un fantasma y André escuchó el compás de sus propios pasos, que convocaban la aparición esperada. En sentido contrario vieron avanzar hacia ellos a una pareja. Ella vestía una larga capa de armiño que al entreabrirse dejaba ver un suntuoso traje blanco. Él se cubría con una hermosa capa negra española y llevaba una bufanda blanca al cuello.

— ¡Qué elegantes! ¡Parecen de otra época y de otra raza! — dijo Charlotte con aire de conoedora.

La pareja avanzaba con la solemnidad de dos figuras de un juego de ajedrez, condenada a avanzar solamente por un piso de cuadros blanco y negro, y en donde cada movimiento significaba la victoria o la implacable derrota. En verdad a André le parecieron dos fantasmas avanzando por el portal oscuro. Al cruzarse, Jesús se detuvo:

— ¿Qué hay? — dijo con simpleza. André, sorprendido, hizo las presentaciones:

— Úrsula, Charlotte, Jesús Gándara — y guardó silencio.

Úrsula tendió un brazo enguantado de blanco, que André besó haciendo una reverencia. —

La tercera llamada... — advirtió Jesús y ambos, indolentes y casi sin hablar, siguieron su camino.

Ya desde su asiento, Charlotte localizó el lugar de Úrsula y con el rabillo del ojo observó a André. La había engañado y ahora permanecía ausente, sin seguir la obra y evitando mirar hacia el lugar que ocupaba su amiga, que parecía absorta en la representación. Charlotte preguntó a André:

— ¿Es Jesús Gándara el noble español?

— El mismo — respondió seco.

Ramsey preguntó curioso:

— ¿Quiénes son sus amigos?

–Úrsula y su primo –aclaró André, sin querer ver la sorpresa con que reaccionó el norteamericano.

A la salida, André perdió a Úrsula entre la gente. Malhumorado aceptó cruzar la plaza y dirigirse a La Méditerranée, el restaurante obligado después del teatro. Ocuparon una mesa en el local lleno de comensales elegantes, luces rosadas y ramilletes silvestres. Cerca de ellos, Jesús y Úrsula parecían muy serios, inclinados en una conversación íntima. A André le pareció que su amiga había cambiado, tenía una mirada trágica y apenas probaba bocado. Hubiera querido cazar alguna palabra suelta de la conversación. Ellos, a su vez, al verlo le prodigaron una leve inclinación de cabeza. Ramsey, Harriman y su esposa, así como Charlotte, los miraban con avidez.

–Podríamos pedirles que fueran con nosotros a bailar – propuso Ramsey.

Todos aceptaron menos Charlotte, que guardó un silencio obstinado. No tuvieron tiempo de hacer efectiva su invitación, porque de pronto la pareja se levantó, Jesús colocó la capa de armiño sobre los hombros desnudos de Úrsula, y ambos hicieron una leve señal de despedida. Cuando desaparecieron, André pensó que el lugar se había vuelto odioso. Puso de pretexto una jaqueca para no ir al Novy. Irían cualquier otro día. En el automóvil, cuando conducía a Charlotte a su casa, apenas podía escucharla, pedirle explicaciones:

– ¿Quién es Úrsula? Dime, ¿cuándo la conociste?

– Hace cinco años...

– ¿Tanto tiempo?... ¿y desde entonces?... – dijo indignada.

– No digas tonterías. La volví a ver hace dos meses... cuando se presentó en mi casa y me explicó que la calefacción de su casa estaba rota...

– ¡Ah!, el pretexto del baño. ¿Y en esos cinco años qué hizo?

– ¡No lo sé!... Me supongo que vivir con su marido – contestó de mala gana.

Detuvo el coche frente a la casa de Charlotte, pero ésta no hacía ningún ademán de abandonarlo.

– Tengo jaqueca – dijo él impaciente.

La joven se irguió y cambió de actitud, le pasó la mano por la frente y prometió llamar más tarde para indagar por su salud. André correspondió mecánicamente al beso de despedida, y partió veloz.

En un cafetín oscuro, Jesús y Úrsula terminaron la conversación:

– Cica, haces bien en hacer lo que te da la gana. Quédate un tiempo más mientras reflexionas. ¡Claro que hay poco que reflexionar!

– No quiero volver... Jesús le dio unas palmaditas en la mano:

—Mira que soy un imbécil. ¿Sabes que estás guapísima? Deberías casarte conmigo. Juntos podríamos hacer barbaridades. ¡Eso sí que sería un buen golpe! —dijo alegre.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Úrsula mirándolo a los ojos.

—¿En serio? ¡Es lo único serio y sensato que he dicho en mi vida! Pero no creas que te propongo ningún adulterio. ¡Pobre Alfonso! —agregó divertido.

De varias mesas los miraban con curiosidad. El cafetín era pobre y la concurrencia bohemia, en su mayoría masculina. Jesús echó una mirada circular y exclamó:

—Me parece que llegó la hora de repartir los puñetazos entre estos villanos que te miran como si estuvieras desnuda. Aunque a decir verdad no vienes muy vestida —y se echó a reír, abrió su pitillera que brilló como un sol pequeñito y sacó dos cigarrillos de los que molestaban los delicados ojos ciegos de Moliere.

La condujo a su casa en un taxi. Pareció hundirse en un cansancio muy antiguo, las palabras se habían reducido a letras y la risa anterior se había quedado esparcida como un reguero de caracolas sobre las mesas del cafetín y los adoquines de las calles. Nada hacía sentido y lo mejor era olvidar en el recogimiento de su almohada. ¿Olvidar qué? Las locuras de Úrsula, las suyas y las de los demás, pero ¿y si sólo las de los demás fueran locuras y ellos estuvieran en lo cierto? De pronto pareció preocupado y antes de que ella se despidiera prometió:

—Buscaré una solución. Aunque en verdad no sé qué aconsejarte.

La vio desaparecer por el portón oscuro. Quedaba la hermosura de la noche y las palabras repetidas de Marivaux, que se confundieron con la armonía de las estrellas siempre vistas, siempre nuevas y siempre iguales. Ordenó al taxi su dirección y resolvió su inexistencia. En realidad Úrsula sólo tomaba forma cuando estaba frente a él, después se desdibujaba en una mancha clara aureolada por su propia risa, que ella compartía.

Adela abrió la puerta y la señora le quitó la vela en silencio y subió a su habitación. Se sentía descorazonada. Junto a la chimenea, echado sobre la colchoneta estaba Dimitri, que cerró los ojos al sentir que ella se acercaba. Úrsula depositó la vela en el suelo y se sentó junto a él:

—¿Estás dormido? —preguntó en voz baja.

—No, te estaba esperando... ¿te divertiste?

—Sí, me divertí. Ya no les pertenezco. Es curioso cómo el simple gesto de abandonar tu casa, te lanza a otro mundo del cual ya no puedes salir —dijo en voz muy baja.

Dimitri la contempló envuelta en sedas y pieles blancas, inmóvil al resplandor de la vela, que volvía tenebrosas las cuencas de sus ojos.

—Quisiera regalarte un trineo, para que huyeras al compás de las campanitas de todos los lobos que te acechan —dijo con voz muy seria.

—En el teatro vi a André...

— ¡André! ¡André! Siempre ese tipo. Sólo se te ocurre repetir su nombre — contestó Dimitri con disgusto.

Ella se arrojó en sus brazos y él le acarició la cabeza.

— No sé por qué lo recuerdo siempre...

Dimitri se separó de ella, que continuó:

— Jesús dice que haga lo que me dé la gana. ¿Te das cuenta? Tal vez por eso pienso en André...

Dimitri le echó un brazo sobre el hombro con aire protector. El timbre del teléfono interrumpió la confidencia:

— ¿Vas a contestar? — preguntó el joven con voz dolida.

— Sí. Debe ser André... — dijo ella con voz culpable. Y al oír la voz que le llamaba se echó a llorar — : Sí, soy yo, André... — dijo entre sollozos.

Dimitri la miró con amargura, se levantó y bajó las escaleras. No quería ver esa escena. Decidido entró a la cocina y preparó un café. Cuando subió con las tazas y la cafetera humeante, encontró a Úrsula sentada en su colchoneta, ya no lloraba y parecía asombrada de sus lágrimas recientes. Dimitri se puso en cuclillas frente a ella y le ofreció una taza de café. Ambos apuraron la bebida mirándose de cuando en cuando:

— Me dijo que me quería mucho... — confesó ella en voz baja.

— Fatalmente te convertirá en su amante — contestó él mirando al suelo con fijeza.

— ¿Tú crees?

Dimitri le tomó la cabeza entre sus manos y le dijo mirándola a los ojos:

— ¡Sí lo creo! Y creo que eso es lo que tú deseas: ir a su cama. ¿Por qué lloraste al oír su voz? ¡Lo estabas llamando!

— ¡No es cierto!... ¡No es cierto! — gritó Úrsula.

— Sí es cierto. Te mientes a ti misma. ¡La única libertad que buscas es la de tener amantes!

Úrsula se puso a llorar nuevamente. Y Dimitri la soltó.

— No es verdad... me dolió que fuera con la muchacha elegante, me di cuenta de que yo había perdido mi lugar para quedarme sin ninguno... — confesó.

Dimitri la acercó contra su pecho y le acarició los cabellos con timidez:

— Por eso lloras. Ursulina... hubieras querido ser la otra. ¿Y ahora el granuja te llama? Ahora, cuando ya dejó a la otra. A esa joven no la llama a estas horas, las llamadas nocturnas las deja para las mujeres que han perdido su lugar como tú, por eso quiere convertirte en su amante — dijo rencoroso.

—No es verdad. Me ama. Y me invitó a cenar con él mañana...

—¿Y vas a ir?

—Sí... ¿por qué no?...

Dimitri la empujó con violencia. Se puso de pie y se dirigió a la escalera. Úrsula lo llamó a gritos y bajó tras él. Lo alcanzó en la puerta y se colocó frente a él, para impedirle la salida:

—¿A dónde vas?

Adela surgió de la oscuridad portando una vela, y se quedó muda contemplando la escena.

—¿A dónde vas? —repitió Úrsula a gritos.

—A buscar a mis amigos... a mis compatriotas, a los gatos de gotera como yo —dijo humillado y furioso.

—Voy contigo —suplicó Úrsula.

Dimitri la tomó por los hombros y la miró con fijeza:

—No me has entendido. ¡Me voy con ellos! No tengo nada que hacer entre ustedes, mi pequeña Úrsula.

—¿Entre nosotros? —preguntó Úrsula con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, entre los que juegan a la libertad y los que juegan a escaparse, como tú. Entre ustedes, los cómplices felices. Yo vengo de otro mundo al que tampoco pertenezco y del cual no tienes idea; pero tampoco pertenezco al tuyo, ni al de André que es el mismo, pequeña farsante, ¡cenicienta de juguete!

Con una violencia inesperada, la arrojó contra el muro y salió dando un portazo. Úrsula se quedó atónita, no entendía a Dimitri ni lo que sucedía, tuvo la impresión de hallarse sola en un mundo desconocido que antes de su fuga no había imaginado. Lo imprevisto del peligro la petrificó. Adela se acercó y la tomó de la mano:

—¡Vamos a dormir! Por hoy ya basta de gritos y de disparates. ¡Lo único que debe hacer la señora es volver a casa con el señorito Jesús! ¡Vaya maneras de este jovencito!

Una vez en la cama, la noche creció desmesuradamente, y sombras más oscuras que la oscuridad de su habitación se desprendieron de los rincones para rodearla e inclinarse a observar sus ojos abiertos por el espanto. Imaginó la calle con sus transeúntes escasos a esas horas y quiso salir corriendo y pedir auxilio. Pero, ¿a quién? El mundo redondo y milagroso se había transformado en un bólido negro, que a toda velocidad y timoneado por un ser malvado corría a estrellarse contra algo.

V

A las ocho de la noche André recogió a Úrsula. Juntos fueron por el grupo de amigos y luego ocuparon una mesa en el Novy. Madame Debidour miró complacida a Úrsula mientras bailaba con Ramsey y se inclinó hacia André:

— ¿De dónde la sacaste?

— Es una antigua amiga — contestó preocupado.

"El mundo gira sobre su propio eje", se dijo y se encontró a sí misma girando sobre su propio eje, en un continuo movimiento sin sentido, que no la llevaba a ninguna parte y que no le daba ninguna esperanza de poder quedarse quieta, como cuando era niña y, sin moverse, sentada en un tejado observaba el vuelo de las aves migratorias o el vuelo inseguro y ondulante de las mariposas, que flotaban unos momentos para luego desaparecer para siempre. Le daban temor por la hermosura y brevedad de su existencia. "Sí, sólo viven para encender el aire de colores y luego desaparecen", le había explicado su padre. Ahora, ella hubiera querido ser así: una pequeña mancha multicolor, flotando unos instantes sobre las rosas, pero no había rosas, sólo quedaba un mundo hostil y negro en el cual algunos hombres tenebrosos llenaban el aire de crímenes: las mariposas habían muerto.

No le interesaba la conversación ni los comentarios que hacían sus amigos sobre los grupos que ocupaban las otras mesas. Miraba a Úrsula, sin poder descifrarla. Ella parecía muy tranquila y muy dueña de ella misma, empeñada en una conversación estúpida con Ramsey. Ni siquiera vio a su primo Jesús cuando entró al local acompañado de un pequeño grupo de elegantes. André, en cambio, lo saludó con un movimiento seco de cabeza. Uno de los recién llegados descubrió a Úrsula y se acercó a la mesa. Cuando ella levantó la mirada, sus ojos se llenaron de sorpresa y excusándose se dirigió a la mesa de Jesús. Los amigos la recibieron levantando las copas:

— ¡Pensamos que te había tragado la tierra! El pobre Alfonso anda haciendo el tonto por ahí — dijeron riendo.

— Ahora no se habla del pobre Alfonso — ordenó Jesús riendo.

Después la invitó a bailar. Desde la pista vio que André los seguía con la vista:

— ¡Óyeme, ese chico amigo tuyo está enfadado! André se levantó y se dirigió a ellos interrumpiendo el baile:

— ¡Es mi turno! — dijo arrebatando a Úrsula.

Jesús la cedió sonriendo y volvió a su mesa.

— Cuando yo invito a alguien no se pasa a la mesa vecina. ¡Y ahora vámonos! — ordenó furioso.

Úrsula se dejó llevar y ambos partieron sin despedirse de nadie. Se encontraron de pie el uno frente al otro en el salón de André.

— ¡Qué falta de mundo! No me diste tiempo de despedirme de Jesús — dijo ella en tono de reproche.

— ¡Qué importa Jesús si te permite hacer toda suerte de estupideces!... no me extraña que llores a medianoche — le dijo con dureza alargándole un vaso cargado de whisky.

Úrsula lo apuró de un trago.

— La gente te comenta... siempre rodeada de hombres — dijo André en tono duro.

— ¿Qué gente? ¿Qué hombres? — preguntó ella asombrada.

— La única gente que hay. ¿Sabes que Charlotte y Ramsey leyeron lo que escribiste en el espejo? ¡Después todos te vieron sentada en la calle con ese malviviente con el que vives!

— Dimitri ya se fue y no era un malviviente. Era una persona desplazada, como hay tantas — contestó Úrsula con tristeza.

— No seas ingenua. Esos tipos siempre son o espías o terroristas. ¿Por qué se mete en tu casa en vez de presentarse con la policía y arreglar legalmente su situación? ¿Por qué no trabaja?

— ¿Dimitri terrorista? Hay cosas que no entiendes. Dimitri es un músico...

André montó en cólera:

— ¿Jesús sabe que vives con ese terrorista?... ¡Contéstame! ¡Ah, no lo sabe! Mañana mismo hablaré con ese estúpido primo tuyo para explicarle tu conducta — amenazó.

Úrsula se echó a reír:

— No conoces a Jesús... es igual a mí. Si creyera que Dimitri es terrorista se convertiría en su mejor amigo...

André la miró incrédulo:

— ¿Pertenece a una familia de locos?

Úrsula se puso de pie, se echó la capa sobre los hombros y avanzó hasta el centro del salón:

— Llévame a mi casa — ordenó.

André se sintió humillado. La joven acababa de decirle que no le permitía inmiscuirse en sus asuntos privados. Se acercó a ella y la vio tan derecha que le pareció que estaba borracha.

— No te vayas. Prometo no ofenderte más — dijo humilde.

Úrsula avanzó y dio un traspié. Sí, estaba borracha. André la sostuvo y ambos se encontraron besándose sobre un diván. André sintió que el mundo giraba vertiginosamente, la

tomó y la llevó a su habitación. Después recordó André que Úrsula al ver la cama se detuvo, y riendo citó a Wilde:

—Wilde dijo: es difícil hallar a una mujer que nunca haya tenido un amante, pero es imposible encontrar a una mujer que haya tenido sólo un amante...

Riendo se tendió en la cama. André le preguntó:

— ¿Cuántos amantes has tenido tú?

No recordaba su respuesta. Al amanecer la vio dormida junto a él. Sobre la alfombra estaba su traje blanco. Le besó los ojos cerrados y encendió un cigarrillo. Estaba preocupado. Ella le preguntó:

— ¿Me amas, André?

No quiso mirarla, le parecía peligrosa. Tuvo la impresión de que lo tomaba como una aventura más. Ella insistió en la pregunta.

— Eres casada. Eso debes preguntárselo a tu marido — contestó.

Úrsula guardó silencio. A través de la ventana se colaba la primera luz violeta de la mañana. André se volvió a ver a su amante, y arrepentido se inclinó a besarla, ella se separó:

— ¡Déjame! Dimitri tenía razón, sólo querías traerme a tu cama.

— ¿Ese vagabundo? ¿Cómo te atreves a nombrarlo ahora? — dijo furioso.

— Dimitri tiene razón. ¡Tiene razón! — gritó ella.

André la cogió y la sacudió por los hombros:

— Eres histérica y sentimental como todas las mujeres — dijo aventándola sobre la almohada.

— Dimitri tiene razón — repitió ella.

André saltó de la cama y se envolvió en una bata. Encendió una lámpara y se dirigió al closet.

— ¿Qué vamos a hacer? — preguntó ella compungida.

— ¿Yo? Voy a montar — contestó con sequedad. Prefería no verla, pensó que la frescura del bosque lo aliviaría de la congoja que Úrsula le producía. No la vería nunca más.

— ¿A qué hora llega Juana? — preguntó Úrsula sobresaltada.

André miró el reloj pulsera dejado sobre la mesilla de noche:

— Dentro de quince minutos. A las siete.

— Entonces será mejor que me vaya... me daría vergüenza que me encontrara aquí — dijo sentándose en la cama.

André pareció no escucharla y se fue directo al s baño cerrando la puerta tras de sí. Úrsula saltó de la cama y se metió en el vestido que recogió del suelo. Guardó las medias en su bolso. Salió de la habitación al mismo tiempo que escuchaba el ruido alegre de la ducha. En el salón recogió su capa y huyó de la casa de André. No quería estar allí cuando saliera del baño, ni cuando llegara la sirvienta. Sus lujosas ropas nocturnas la avergonzaban cuando cruzó las calles, por las que empezaban a circular los panaderos, los obreros y los sirvientes. Su casa estaba muy lejos y no tenía dinero para tomar un taxi. Buscó callecitas apartadas, se sentía humillada corriendo con los cabellos en desorden y la capa blanca y el traje de raso flotando a su alrededor. La gente la miraba con curiosidad como si se tratara de una loca.

André volvió a su habitación, completamente vestido en traje de montar. El baño había disipado su rencor. Se sobresaltó al ver la desaparición de su amiga. La llamó en voz alta y luego salió corriendo a buscarla. En su coche recorrió las calles inútilmente y luego se dirigió a la casa de Úrsula. Se estacionó en una esquina para espiar su llegada: necesitaba verla. La vio aparecer, traía la cara descompuesta y el cabello rubio deshecho. La vio entrar a la pequeña panadería situada cerca de su casa, y salir comiendo distraída un bizcocho. Adelantó el auto y le cerró el paso. Ella lo miró como si no lo conociera. La llamó varias veces y al final bajó del auto, y la atrapó cuando iba a cruzar el portón. La obligó a subir a su coche y la vio detenidamente: vestida así a esa hora parecía un ser irreal que lo miraba con reproche:

— No te pongas así, no seas inocente, por favor. Ella no contestó.

— No quise hacerte daño... no cabe duda de que las mujeres son seres raros — continuó, sin saber qué más decir.

Ella permaneció en silencio. De la panadería los miraban. Los primeros coches empezaban a circular y al pasar junto a ellos les gritaban algo que André no entendía, ocupado en mirarla. Formaban una pareja irregular y los transeúntes se inclinaban a verlos: él en traje de montar y ella envuelta en una capa de pieles blancas, con el peinado deshecho. Un automovilista se detuvo y le gritó con ira:

— ¡Sentido contrario, idiota!

André le contestó con un claxonazo iracundo. Después hizo un viraje forzado, se subió a la acera y enfrenó. Se volvió a Úrsula que seguía en la misma actitud, con la mano inerte sobre la falda blanca sosteniendo el bizcocho mordisqueado.

— Te invito un café... no creí que para ti esta aventura tuviera tanta importancia, de haberlo sabido...

Úrsula se volvió tranquila:

— ¿Importancia? No seas inocente. Anoche me acosté con Dimitri.

André la miró con ira:

— ¡No es justo!... ¡No es justo! ¿Anoche después de que lloraste, o antes?

— Después y antes — dijo tranquila y se bajó del coche.

— ¡Mientes! No te acostaste con Dimitri — gritó André.

André la vio cruzar el portón de su casa. Iba muy derecha. Después se inclinó con desesperación sobre el volante y arrancó a toda velocidad.

VI

— ¡Dios mío, qué cara trae la señora! — dijo Adela, al abrirle la puerta.

Por el salón vacío avanzó la alta silueta de Dimitri y luego inmóvil contempló la derrota de Úrsula. Ésta corrió y se abrazó a su pecho.

— ¡Dimitri!... tenías razón...

El joven la abrazó:

— No digas nada ahora, Úrsula...

— Tenías razón... — insistió ella llorando.

El la guardó estrechada contra su pecho:

— Yo tengo la culpa. Anoche volví corriendo, pero ya te habías ido... te esperé. Ahora vamos a que duermas.

Hablaba en voz baja y grave. La obligó a subir a su habitación y le ordenó a Adela que subiera un café. Cuando la convenció de dormir, bajó sombrío a la cocina y le pidió a Adela que hasta su vuelta no contestara el teléfono si escuchaba la voz de André en el auricular.

— ¡Voy a buscar a ese individuo!

Adela lo miró con admiración. Antes de salir le recomendó:

— ¡Mucho cuidado, señorito!

Dimitri salió corriendo. Llegó hasta el edificio de André y decidido subió la escalera. Llamó. Juana abrió sorprendida:

— No está el joven... — le anunció con precaución, pues el aire agresivo del desconocido la puso sobre aviso.

— ¡Volveré! — exclamó Dimitri.

Desde la ventana del salón, Juana lo vio patrullar la casa un rato y luego irse. Dimitri se dirigió a la oficina del padre de André. El despacho era lujoso. Una secretaria lo miró curiosa:

— Creo que no ha llegado todavía... — contestó insolente.

Dimitri salió y la joven corrió al despacho de André para anunciarle que un individuo, extranjero y con aire agresivo, había venido a buscarlo.

— ¿Dónde está? — preguntó furioso.

— Se fue... le dije que no estaba.

André corrió a la ventana y escrutó la calle. No vio a nadie. Dimitri lo esperó largo rato en el pasillo. La gente empezó a mirarlo y, convencido de que André no iría esa mañana, se fue a la calle derrotado.

Por la tarde Dimitri volvió a la casa de Úrsula. Subió hasta su cuarto y se echó boca abajo sobre la colchoneta, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. Al poco rato oyó los pasos de Adela subiendo la escalera. La mujer se detuvo junto a él.

– Señorito, encontré esto en el buzón – dijo en voz baja.

Dimitri se volvió y vio que de la mano de Adela columpiaba un corazón de plata, que pendía de una cadena. La sirvienta lo dejó caer sobre la colchoneta.

– No había ningún recado – dijo despectiva.

Dimitri lo examinó. Era una joya antigua. Le buscó el resorte y el corazón se abrió como una cajita mágica. Su interior estaba vacío. Era del tamaño del puño de un niño. Lo volvió a cerrar.

– Seguramente lo dejó el señorito André. ¿Habrás que dárselo a la señora o tirarlo a la basura? – preguntó.

Dimitri estuvo a punto de reír. Se lo echó al bolsillo y anunció:

– Yo se lo daré a la señora.

Entró al cuarto de Úrsula y se sentó a los pies de su cama. La llamó en voz baja:

– ¿Lo quieres, verdad? – preguntó serio.

– No lo sé...

– El también. Mira lo que te dejó en el buzón – dijo columpiando el corazón de plata frente a Úrsula, que lo miró sin pestañear. Dimitri entonces se lo colocó sobre el pecho:

– Ahí está bien, junto a tu corazón – dijo sin mirarla.

Ella se tapó la cara avergonzada.

– ¡No seas sentimental! ¡Levántate! Vamos a ver a mis amigos los gatos de gotera.

Atropelladamente buscó entre las ropas de Úrsula y le lanzó unos pantalones, un suéter y un hermoso abrigo de pieles.

Al salir a la calle, Úrsula creyó ver a un hombre que los miraba con curiosidad. Cruzaron gran parte de la ciudad. Iban a paso largo, marchando como soldados. Dimitri la miraba de soslayo. El aire frío disipaba su pena y empezaba a sonreír; estaba alerta. Dos veces vio al hombre que estaba en la esquina de su casa pasar cerca de ellos en un automóvil. El hombre llevaba una gorra de astrakán. Le pareció que soñaba. Dimitri no lo notó.

– ¿Lo viste? – preguntó cuando el hombre apareció por tercera vez, primero muy despacio y luego aceleró la marcha del coche.

— ¿Qué? No vi nada. Estás nerviosa. No te preocupes, yo lavaré la afrenta.

Llegaron a un barrio elegante. Dimitri se detuvo frente a las rejas de una hermosa casa. Adentro se extendía un parque y prados todavía helados.

— ¿Aquí viven? — preguntó asombrada.

— ¡Aquí! — aseguró él, dando varios campanillazos.

Apareció un criado.

— ¿El señor Fiodor? — dijo Dimitri.

El criado abrió las rejas y ambos entraron cogidos de la mano. La casa de piedra gris se levantaba majestuosa frente a ellos. Unos escalones amplios conducían a la puerta de entrada. Las ventanas tenían las cortinas echadas.

— ¡Vengo de pantalones! — dijo ella asustada.

— A Fiodor eso no le preocupa en absoluto — dijo Dimitri lanzando una carcajada.

Después la desvió hacia la parte trasera de la casa, rodearon el jardín hasta llegar a las caballerizas y a las habitaciones de los criados. Desde lejos escucharon la música de una balalaika. Por una de las puertas de las caballerizas se escapaba una rendija de luz y la música. Dimitri llamó con los nudillos. Un hombre pequeño y rubio, vestido fuera de moda y con un monóculo colgando sobre el pecho, lo recibió con afecto:

— Hacía veinticuatro horas que no venías. Adelante, Dimitri — dijo solemne, al mismo tiempo que le hacía una reverencia a Úrsula.

Llegaron a una estancia pequeña de techo de madera, con divanes de cojines multicolores adosados a los muros también de madera. Había libros, objetos de plata y una gran tetera hirviendo en el centro de la habitación. Echados sobre los divanes estaban dos jóvenes y una muchacha de cabellos muy negros partidos en bandeaux y recogidos en la nuca. La muchacha miró a Úrsula con sus enormes ojos azules. Un hombre viejo y alto, al ver a los recién llegados, hizo una pequeña reverencia.

— ¡Úrsula! — gritó Dimitri en medio de la habitación, con un orgullo que no pudo ocultar.

Fiodor se puso el monóculo y la examinó con atención, después besó la mano que ella le tendía:

— Una belleza de San Petersburgo — dijo con aire de conocedor.

El viejo dio un paso adelante y gritó:

— ¡Viejo Fiodor! ¡Viejo Fiodor, estás loco! ¡Es una típica latviana! ¿Verdad, Vassily?

El joven aludido se acercó a Úrsula, que atónita quería decir algo; la contempló atento y luego se volvió a su amigo:

—No, Vladimir. Úrsula es polaca. ¡Polaca! —repitió dando palmadas, que Dimitri coreó con entusiasmo. El juego continuó.

—Eres checa —dijo la muchacha de los ojos azules.

El joven que había permanecido junto a ella en el diván se acercó a Úrsula, le cogió los cabellos, los examinó con atención y anunció:

—¡De Budapest!

Al ver esto, el viejo se lamentó:

—¡Ah, los jóvenes nacidos después de la revolución no tienen maneras!

—¡Abuelo Vladimir, no aprendimos maneras! ¡Nosotros no somos parásitos burgueses ni nobles sanguijuelas! —exclamó Dimitri tomando a Úrsula por la cintura y girando con ella vertiginosamente. Sus amigos llevaron el compás aplaudiendo, mientras Fiodor tocaba unas notas en la balalaika. Al final, Dimitri levantó a Úrsula en vilo y luego la depositó en un diván. Ambos, sin respiración, miraron sorprendidos a los demás. Entonces Fiodor hizo las presentaciones:

—Maia, Vladimir, Serguei y Vassily.

Los dos jóvenes besaron a Úrsula y Vladimir le acercó una taza de té humeante. Fiodor exclamó:

—La belleza no tiene país. Además todos somos apátridas.

—El mundo se ha revuelto como un rompecabezas en desorden —dijo Vladimir moviendo tristemente la cabeza.

Dimitri le explicó a Úrsula que Fiodor trabajaba para el dueño de la casa, un antiguo amigo suyo.

—Me ocupo de la biblioteca... y algunas veces he encontrado incunables y cuadros... soy muy afortunado —afirmó Fiodor.

—Dimitri, toca algo —suplicó Maia.

En la habitación había un clavecín, que atrajo la atención de Úrsula. Dimitri se apresuró a decirle:

—Fiodor tiene dos y me prestó uno. ¡Yo no poseo absolutamente nada!

—Mi pobre madre coleccionaba instrumentos musicales... salvamos dos clavecines —explicó Fiodor.

Maia hizo ademán de apurar un vaso de vodka, que Vassily le arrebató con brusquedad:

—¡Basta, Maia!

Úrsula lo miró, desaprobándolo. Vassily entonces cogió las muñecas de la joven y le mostró a la recién llegada unas cicatrices rojas y frescas:

— ¡Mira lo que hizo hace apenas dos semanas! — exclamó furioso, soltando con brusquedad las manos de la joven, que permaneció impasible. Vassily bebió de un trago el vodka de Maia y guardó silencio. El viejo Vladimir habló despacio:

— Maia es una artista... no ha podido con los trabajos pesados. Se escapó y debía reunirse con su amigo, pero él no pudo cruzar la frontera. La pequeña no tiene permiso de residencia ni carta de trabajo, pero eso no debe desesperarla, ¿verdad, Úrsula? Dimitri y Vassily también son ilegales... Toca algo para nuestro querido conejito de Pascua — agregó dirigiéndose a Dimitri.

El muchacho se acercó al clavecín. Serguei se colocó en cuclillas frente a Maia y le besó las cicatrices de las muñecas. Fiodor escuchó la música con los ojos entrecerrados y Vladimir movía la cabeza con aire melancólico. Úrsula, sentada sobre las rodillas en un diván, miraba a sus nuevos amigos mitad aterrada, mitad fascinada. Cuando Dimitri volvió a su lado, Vladimir le ofreció un pastelillo empapado en dulce que no supo comer, y se llenó los dedos y la boca de miel. Dimitri tomó una servilleta y le limpió los dedos y la boca; después, le echó un brazo al cuello y la atrajo hasta su pecho. Desde allí escuchó la conversación, interrumpida por la grave voz de Vassily, que cantaba trozos de canciones melancólicas.

De pronto Vassily se puso de pie y se dirigió a Dimitri:

— Creo que debemos ir a la manifestación que preparan los aspirantes a esclavos — dijo rencoroso.

— Sí. Creo que debemos empezar a romper cabezas. Sería una buena lección para los aprendices del nuevo orden — gritó Dimitri entusiasmado.

Serguei habló despacio al inclinarse como un conspirador:

— Podemos empezar con los agitadores de la fábrica. Los tengo bien localizados. Sé dónde dejan sus automóviles...

Vladimir interrumpió:

— Muchacho, perderías tu trabajo y tus papeles, y ustedes dos irían a la cárcel. Los extranjeros no podemos intervenir en la política.

— ¡No mienta, abuelo! Los he visto. ¿Qué, la libertad existe sólo para exigir exterminarla? — gritó Serguei.

— No hagas caso, Serguei, les romperemos las cabezas — afirmó Dimitri.

— ¡No lo olvides, Dimitri, en nosotros están los gérmenes del terror y podemos vacunar a estos imbéciles, para evitar la peste! — dijo Vassily con su voz sonora.

— ¡Nihilistas!... siempre nihilistas... — suspiró Vladimir.

La discusión subió de tono y Fiodor sacó unas notas de la balalaika. Parecía absorto en la música. Los tres jóvenes discutían acaloradamente con el viejo Vladimir.

Muy tarde, todos, menos Maia, abandonaron la caballeriza de Fiodor. La noche era muy fría. Los amigos cubiertos apenas por sus suéteres gruesos, movían rítmicamente los brazos, para guardar el calor. Vladimir tiritaba dentro de su vieja chaqueta.

Dimitri y Úrsula se separaron en una esquina. Caminaban en silencio. Súbitamente Dimitri había perdido la alegría y Úrsula lo veía avanzar sombrío, con las manos metidas tercamente en los bolsillos.

A esa misma hora alguien llamó a la puerta de la casa de Úrsula. Adela se acercó sobresaltada a la mirilla:

— ¿Quién? — preguntó.

— ¿Está Dimitri? — dijo una voz desconocida de hombre.

Adela trató de ver por la mirilla, pero la oscuridad no le permitió ver nada. La voz repitió:

— ¿Está Dimitri?... Me urge hablar con él.

— ¡Aquí no vive ningún Dimitri! ¡Aquí no vive nadie! — contestó Adela. Y pegándose a la puerta oyó los pasos de un hombre que se alejaban por la escalera.

Adela recibió a Úrsula y a su amigo con los ojos hinchados por el sueño:

— Hace rato que vino alguien a preguntar por usted, señorito, dijo que le urgía hablarle, pero a mí me pareció raro y dije que no vivía aquí.

— ¿Cómo era? ¿Llevaba un gorro de astrakán? — preguntó nerviosa Úrsula.

— ¿Y yo qué sé? Si no le abrí, ni lo vi tampoco.

Dimitri se reclinó sobre el muro y miró a ambas con aire preocupado.

— Debe ser la policía. Siempre que hay agitación vigilan a los extranjeros... contrarrevolucionarios — dijo con amargura.

— ¿Y el gorro de astrakán? — preguntó Úrsula asustada.

— La policía no lleva esos kepis, señorito — dijo Adela.

— Nadie los lleva. Sólo que esta noche la señora bebió mucha vodka — dijo Dimitri con simpleza.

— ¡Dimitri! ¿No me crees? — gritó Úrsula ofendida.

— No. No te creo.

Ambos subieron discutiendo y Dimitri se dejó caer sobre su colchoneta. Úrsula se arrodilló junto a él.

— ¿Qué hacen tus amigos? —preguntó en voz baja.

— ¿Qué hacen? Ya lo sabes: Serguei trabaja de obrero. Vladimir vende billetes de lotería y Vassily no tiene papeles. Los tres viven en el cuarto de Vladimir. A Maia la recogió Fiodor después de su intento... —explicó cansado.

— ¿Y qué hacían antes? —preguntó ella.

— ¿Antes?... Vassily era oficial del ejército, Serguei era ingeniero, Maia era actriz, Fiodor es un judío que fue muy rico. El y Vladimir eran zaristas —contestó y se volvió hacia la chimenea. Quería estar solo. Úrsula se inclinó, le dio un beso en la frente y se fue a su cuarto.

Se desvistió en silencio y trató de dormir, pero estaba turbada; sabía que su amigo tampoco dormía, y sin embargo no quiso llamarlo. Su vida entera le pareció banal, sus problemas artificiales y estúpidos. Recordó a André, y su aventura con él le pareció un pasado muy remoto.

VII

Por la mañana, cuando Adela le trajo el café, le anunció:

- El señorito Dimitri salió muy temprano.
- ¿Salió para siempre? – preguntó aterrada.
- Yo qué sé...
- Debe haber ido a casa de Fiodor – dijo de prisa.

Se vistió apresurada. Bebió el café de un trago y salió en busca de su amigo. Al dar vuelta a la esquina, la alcanzó el hombre con el gorro de astrakán. No lo había soñado. Con cinismo, el hombre se puso a caminar junto a ella, aparentando mirar a los transeúntes. No podía ir hasta la casa de Fiodor. Vio una oficina de Correos y se le ocurrió entrar allí. Se acercó a una ventanilla, pero no tenía dinero para comprar estampillas. Al salir, el hombre se acercó cortés:

– Perdone. Perdone la indiscreción. Pero desde anoche que la vi me pregunté por qué una señora tan fina y elegante vive en este barrio.

Úrsula se echó a reír:

- Me gusta. Me gusta mucho – contestó.

Y muy seria tomó el camino de su casa. El hombre la alcanzó antes de cruzar el portón.

– ¿Me permitiría visitarla alguna vez? – dijo tendiéndole una tarjeta, que ella dudó en tomar. El hombre sonreía untuoso y ella, turbada, cogió la tarjeta y subió de prisa. Una vez en su salón, leyó el nombre del individuo: era un nombre raro, parecía árabe. Estaba escrita su dirección con pluma fuente: una suite en el hotel más elegante de la ciudad.

Se quedó estupefacta. Adela la miraba con curiosidad y Úrsula le tendió la tarjeta:

- Me la dio el hombre con el gorro de astrakán – dijo asustada.
- ¡Vaya, por Dios, que nos pasan cosas raras! – exclamó mirando a la señora con miedo.
- ¿No ha llamado Dimitri?
- No... – contestó la sirvienta con aire preocupado.

Un campanillazo las sacó de las cavilaciones. Adela abrió mecánicamente y el hombre con el gorro de astrakán apareció en el salón vacío. Hizo una reverencia:

– Pensé que debía demostrar de alguna manera mi gratitud porque usted aceptó mi tarjeta – dijo tendiendo un pequeño bulto.

Úrsula, aterrada, no lo recibió. El hombre, con desenvoltura, buscó dónde depositarlo, y entró a la segunda habitación.

— ¡Qué hermosa casa! ¡Desde afuera quién lo diría! — oyeron que exclamaba.

Ambas se acercaron a la puerta y vieron que el desconocido subía de prisa por la escalera de caracol.

— ¡Ah, pero si hay un segundo piso! — dijo desapareciendo. Parecía entusiasmado:

— Esta casa es magnífica. Habría que decorarla con muebles normandos. Úrsula y Adela, boquiabiertas, lo miraron girar, disponiendo los muebles que debían ir en cada habitación:

— Aquí una cómoda... — decía pensativo entrecerrando los ojos. Al final se volvió a ellas y pidió excusas—: ¡Qué horror! Perdona, señora. ¡Soy un intruso insolente!... perdón, ¿podré tener el placer de volver a visitarla?

— Sí... — dijo Úrsula aterrada.

El individuo se acercó, le besó la mano, se colocó el gorro de astrakán lujoso y partió como había venido.

Adela, pegada a la pared, no había dicho una sola palabra. Parecía la estatua erigida al terror.

— ¡Este tipo es un policía! — gritó.

Ambas se dirigieron a la otra habitación y se dejaron caer en las sillas. Sobre la mesa estaba el paquete. Úrsula quiso cogerlo:

— ¡Déjelo, señora, que puede ser una bomba! — gritó Adela.

Úrsula la miró con reproche. El paquete contenía un hermoso libro con reproducciones de los cuadros más famosos del Renacimiento.

— ¿Qué es esto? — dijo asombrada.

Y se dedicó a hojearlo. De pronto, debajo de un Fra Angélico, leyó manuscrito: "4 RM. Hoy." Sintió que perdía la respiración. Era una cita en el Louvre. Siguió pasando las hojas y, bajo un retrato de Madame de Pompadour, encontró: "12 A.M. Mañana." Era otra cita en el Petit Palais. Las citas eran tres. Cerró el libro aterrada.

— ¡Llama inmediatamente a André! — le suplicó a la criada.

El teléfono de André llamó inútilmente.

— ¡Llama a Jesús! — gritó Úrsula histérica.

El teléfono de su primo llamó también inútilmente. Los dos andaban fuera. Úrsula se escondió en su cuarto:

— ¡No le abras a nadie! ¡A nadie! — gritó.

Escondió el libro debajo de su almohada y buscó el corazón de plata para guardarlo en la mano como un talismán.

Al mediodía, Adela le avisó que abajo esperaba el señorito Jesús. Bajó como una exhalación y encontró a su primo tan elegante como siempre, esperándola de pie en el salón. Se besaron las mejillas. Úrsula columpió el corazón de plata frente a los ojos de su primo:

— ¿Tú pusiste esto en el buzón? — preguntó.

Jesús cogió el corazón, lo examinó y contestó frívolo:

— ¡No! ¡Jamás! Es un guardapelo de mal gusto... No, tal vez es una cajita de rapé sentimental — agregó pensativo.

Ella volvió a guardarlo en la mano y esperó.

— ¿Qué has decidido?... ¿Volver a casa o irte con el dueño de ese corazón enviado por correo?

Úrsula se dejó caer en una silla:

— ¡No lo sé!... ¡me pasan cosas horribles!... ¡Estoy en la tierra de nadie!...

— Pues estás a la última moda... ¡Qué fastidio! Todos tirándose garrotazos. ¿Y ves lo que sucede en las calles? Los carteles, las reivindicaciones, las estructuras. Pues lo único que buscan es, al final, fusilar a Mona Lisa...

Úrsula se echó a reír a pesar de su miedo. Se entendía con Jesús, ambos tenían el mismo idioma.

— Mira, guapísima, péinate un poco y vamos a brindar por última vez. Mañana quizá será tarde, el silabario ha hecho destrozos: todos leen los anuncios de la Coca Cola y los carteles de las nuevas estructuras.

Úrsula dudó. Luego pensó que debía esperar a Dimitri y avisarle lo que había sucedido.

— No tengo ganas de brindar...

— Pues por la urgencia de los recados que me dejó Adela, pensé que querrías verme. Es igual, mira, para estar a la moda te pondré un ultimátum: pasado mañana a las cinco vendré a buscarte y nos iremos a cazar conejos a la finca. Por supuesto que tú como París bien valen una misa. De modo que desafió la cólera de Alfonso — dijo alegre.

Los sorprendió un campanillazo; después entró André, que se detuvo al verlos.

— ¡Pasa, chico! ¡Pasa! — invitó cordialmente Jesús.

André saludó indeciso:

— Venía sólo unos instantes... me dieron tus recados urgentes — dijo a manera de excusa.

— Entonces debo irme inmediatamente — dijo Jesús decidido.

— No... ¿por qué? — dijo ella bajando la mirada.

— ¡Ah!, ¿ves que la idea de cazar conejos te sedujo? — comentó Jesús mirando a André con malicia.

— ¿Cazar conejos? — preguntó André dándose por aludido.

— Sí, en la finca. Me marchó. Voy a buscar un restaurante que figure en el itinerario de la manifestación, tal vez los angelitos rompan los cristales y me toque una piedra en una ostra — dijo Jesús con voz desganada.

Úrsula se echó a reír y André la miró sorprendido:

— ¿No estás con los manifestantes? ¿No crees que es necesario un cambio? — preguntó incrédulo.

— ¡Claro, chico, claro que estoy! ¿Para qué buscar perlas en las ostras? Hay que cambiarlas por piedras. Yo no soy un decadente. Recuerda a Heine: "¡No cantes a la rosa aristocrática, canta a la patata proletaria!" Hasta Marx aceptó que tenía gracia — dijo serio mientras se acercaba Úrsula y le daba un beso en cada mejilla —. Recuerda el ultimátum. ¡Y mucho cuidado con el correo! ¡No olvides que lo inventó el primer burócrata de la historia: Napoleón Bonaparte! ¿Qué opinas de ese producto de la revolución, querido André?

— ¿De Napoleón? Creo que está por encima de nuestras opiniones, era un genio — contestó André con dignidad.

— En efecto, fue un gran hombre. Fue producto del pueblo y origen de su felicidad. Se sacralizó él mismo y estableció así el culto moderno a la personalidad. Después de él, todos los proletarios han usado su chaqueta. ¿Sabías que Josefina tenía muy malos dientes? La Malmaison es demasiado roja. El adivinó la venida del Tercer Mundo y de los papagayos — agregó antes de desaparecer.

Úrsula se echó a reír y André se sintió fuera de lugar. Sin embargo, permaneció allí mirándole con fijeza. Ahora empezaba a comprenderla.

— Si te digo ahora que te amo, ¿importaría algo? — preguntó.

Ella lo miró pensativa. Lo había llamado porque tenía miedo. ¿Cómo decírselo?

— Si te digo que quiero vivir contigo y que te ayudaría en tu divorcio, ¿lo tomarías en cuenta? — preguntó ansioso.

— Lo tomaría muy en cuenta — contestó ella.

André le tomó las manos y se las besó:

— Te amo, Úrsula, te amo — dijo tranquilo.

Ella quería decirle algo sobre el hombre con el gorro de astrakán.

— André, me pasan cosas horribles... tengo miedo. Un hombre con un gorro de astrakán...

André la sentó frente a él y le tomó nuevamente las manos:

— Estás muy nerviosa. Trata de no ver fantasmas.

— ¡No son fantasmas! ¡Me siguió!... Pregúntale a Adela...

— ¡Úrsula! No existe un hombre con gorro de astrakán. Además sólo a ti te ocurren esas cosas absurdas. Mira, voy a hablar con los Dejean y mañana te llevo a su casa de Maisons Lafitite unos días, mientras se arregla tu situación. ¿Quieres? Vendré por ti a las doce.

— ¡No! A las doce tengo cita con el hombre del gorro de astrakán — contestó ella asustada.

— ¿En dónde? ¿Qué dices? — dijo él alarmado.

— Junto al retrato de Madame de Pompadour... en el Petit Palais... — dijo ella bajando la cabeza.

André pareció preocuparse, dio unas vueltas por el cuarto y miró hacia arriba curioso.

— ¿Dimitri está aquí? — preguntó tímido.

— No. Se fue...

— Me estás contagiando tu locura, Úrsula... pero, si es verdad que es un músico y que se escapó... podría ser de la KGB...

— ¿Qué es eso? — preguntó Adela asomándose alarmada.

— Un agente secreto ruso... pero el astrakán es muy obvio — dijo André como para sí mismo.

Guardó silencio. Parecía preocupado:

— Mira, Úrsula, debes salir de este mundo de fantasía... vendré por ti a las once de la mañana. Así no irás a ver al hombre ese del gorro de astrakán. ¡Debes salir de tantas fantasías! ¿No cambiarás de opinión? — preguntó ansioso.

Úrsula negó con la cabeza. Parecía triste. André la tomó por la barbilla:

— Allí te olvidarás de todo. Galoparemos por las mañanas, los Dejean son gente magnífica... y yo te amaré toda la vida — le dijo dándole un beso.

Úrsula depositó el corazón de plata sobre la mesa y André bajó la cabeza:

— ¡No sabía cómo decírtelo! — dijo humilde, y agregó—: ¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Ella aceptó.

— Buscaré un lugar tranquilo, la ciudad está muy revuelta.

Cuando se fue, Adela salió de la cocina enfadada.

— ¿Qué, nos vamos a marchar con éste? — preguntó.

— No lo sé... — dijo Úrsula.

— ¡Vaya lío en el que nos hemos metido! Tan bien que podíamos estar en casa... ¡aunque con el señorito Alfonso allí! Todo es un asco. ¡Hay que ver cómo están las calles!... Y el espía ése pisándonos los talones. ¿En qué juergas anda metido el señorito Dimitri?

Dimitri interrumpió el diálogo. Adela no quiso reprocharle su ausencia ni su vuelta, lo dejó llegar hasta Úrsula sin decirle una palabra. El muchacho traía la camisa fuera del suéter y desgarrada. Tenía un golpe en una sien y el pantalón lleno de tierra. Al ver a Úrsula se puso en cuclillas frente a ella, le tomó las manos y preguntó:

— ¿Qué pasa, pequeña Úrsula?

— Pensé que no ibas a volver ... ¿Fuiste a romper cabezas? — dijo asustada.

— Sólo acompañé a Vassily y a Serguei... los perdí cuando llegó la policía. Pero te aseguro que les dimos un mal rato — dijo echándose a reír alegremente.

— Entonces, Serguei no podrá seguir trabajando... — dijo Úrsula mirándolo asustada.

— No. Vassily y Serguei se van... también yo me voy — dijo bajando la cabeza.

— ¿Te vas? ¿Te vas? ¿Y me dejas a mí con ese de la KGB? — gritó Úrsula aterrada.

— ¿Cuál KGB? Estás muy nerviosa, Ursulina — dijo Dimitri tratando de calmarla.

Úrsula gritó:

— ¡Adela! ¡Adela, trae ese libro ahora mismo!

La criada pasó junto a ellos muy despacio, mirando a Dimitri con rencor y subió despacio a buscar el libro.

— ¿Quién te dijo que era uno de la KGB? — dijo Dimitri asombrado.

— André.

Y Úrsula le contó a Dimitri precipitadamente lo sucedido esa mañana. El muchacho pareció preocuparse. Adela bajó con el libro y lo depositó sobre la mesa.

— ¿Verdad, Adela, que aquí estuvo ese hombre?

— Aquí mismo. Y lo buscaba a usted — dijo acusadora.

Dimitri cogió el libro y lo hojeó. Úrsula, junto a él, le mostró las imágenes en donde estaban manuscritas las misteriosas citas. Ambos se miraron asombrados. Dimitri volvió a hojear el libro con cuidado. Úrsula entonces se acordó de la tarjeta de visita que le había dado el desconocido y se la dio a su amigo.

— Abdulla Hassan... — exclamó y de pronto pareció entender todo. Se volvió y miró a Úrsula. Guardó silencio.

— ¿Quién es ese tipo? — gritó Adela.

— Es un sheik, que compra armas para los guerrilleros. .. y está en París — dijo bajando la cabeza.

— ¿Y por qué no lo detienen? ¿Por qué amenaza ese tipo? — gritó Adela.

— Adela, eso se hace en secreto. Se supone que el gobierno ignora todo.

Úrsula se tapó la cara con las manos:

— Y tengo que verlo hoy... porque es capaz de matarnos — dijo aterrada.

Dimitri se puso de pie.

— No te preocupes. ¡Tú no vas a ir! Estás loca, Ursulina. Espera, voy a hacer una llamada desde el café... Dimitri salió corriendo:

— ¡Dimitri! ¡Dimitri! No te vayas, tengo miedo — gritó Úrsula.

El muchacho se detuvo un instante antes de salir y le lanzó un beso.

— Estamos en la ilegalidad. Nos busca la policía y la KGB... la hemos hecho buena — dijo Adela indignada.

Desde el café, Dimitri llamó a Fiodor y le explicó lo sucedido. El viejo dandy no pareció inmutarse:

— Te llamaré más tarde, quédate con Úrsula — le ordenó.

A las cinco en punto de la tarde, Fiodor apareció en la galería del Louvre, en donde estaban los cuadros de Fra Angélico. Con disimulo miró hacia todas partes; en efecto, contemplando La degollación de los mártires se hallaba un hombre joven y fuerte. Iba elegantemente vestido. Bajo el brazo llevaba un gorro de astrakán. Fiodor se colocó el monóculo y se inclinó a contemplar el pequeño cuadro. Después se alejó un poco, para contemplarlo mejor:

— ¡Qué perfección! — dijo para sí mismo.

El desconocido no reaccionó, parecía buscar a alguien con sus grandes ojos oscuros y su aire descuidado de atleta.

— Sólo un místico alcanza esta pureza — dijo Fiodor volviéndose a su vecino. y Este lo miró con curiosidad. En efecto, Fiodor parecía salir de una ilustración de modas de 1910.

— ¿No le parece? — preguntó el viejo Fiodor mirándolo a los ojos.

El hombre movió la cabeza y miró su reloj. Fiodor lo importunaba. Éste se alejó un poco y siguió observando al desconocido, que impaciente miraba el reloj a cada instante, y luego escrutaba la galería con ojos intensos. Fiodor permaneció allí hasta que lo vio alejarse con paso decidido. Entonces él también abandonó el museo. Discretamente lo siguió desde lejos, y lo vio entrar a una caseta de teléfonos, luego lo vio abordar un automóvil lujoso, sport último modelo,

y perderse entre la multitud. Fiodor apuntó las placas y, a su vez, entró a la caseta y marcó un número.

Úrsula y Dimitri, sentados en la colchoneta, esperaban su llamada. El muchacho se precipitó a contestar.

– ¿Sí? ¿Qué sucedió?

– Tengo las placas de su automóvil. Sí existe. Desde luego es extranjero y puede tener cualquier oficio menos el de experto en pintura. Me molesta el gorro. Es muy obvio. ¿No lo crees así? Aunque obran con tanta libertad, querido, que ya nada es asombroso... Es mejor que no te separes de ella. No te preocupes por nada, los niños están en la casa. Allí se quedarán hasta que salgan de viaje. Mañana. No lo olvides.

El viejo Fiodor colgó sin decir más. Dimitri se volvió a Úrsula que lo miraba atenta, sentada como un buda sobre la colchoneta.

– El hombre se presentó – dijo lacónico.

Encendió un cigarrillo y se empeñó en mirar al suelo. Úrsula se torció las manos.

– ¿Qué voy a hacer, Dimitri? – dijo dramática.

– Nada, Úrsula. Mañana me voy y muerto el perro se acabó la rabia. Antes te entregaré con André.

– ¿Con André? – gritó ella.

– ¿No conviniste en eso con él? Allí estarás segura. Volverás al orden de tu hermoso mundo y Dimitri quedará atrás como una fea pesadilla – dijo en voz baja.

Úrsula le miró el golpe en la sien y se abrazó a él. Le besó el lugar lastimado:

– Muy temprano, Vladimir enviará a un camión viejo que transporta periódicos a recoger el clavecín.

– ¿Qué? ¿El clavecín? – murmuró Úrsula y se tapó la cara con las manos.

Dimitri se enderezó, enojado, y le separó las manos de la cara para obligarla a mirarlo a los ojos:

– ¡El clavecín y Dimitri no tienen lugar en tu hermoso mundo! Ustedes están ciegos... ¡Mírame, Úrsula! A Maia le dejan el camino del río mientras ustedes juegan. ¿Me entiendes, preciosa criatura, precioso amor mío, tú que nunca entenderás a los acorralados?

Dimitri atrajo la cara aterrada de Úrsula hasta su boca y, después de dudarle, la besó largo rato. Luego la soltó:

– Perdóname... – dijo abatido.

La muchacha se echó sobre su cuello, besándolo.

—Dimitri, bésame... te amo...

— ¿Por cuánto tiempo?... ¿hasta que se hayan llevado el clavecín?

—Sí... hasta que se hayan llevado el clavecín.

Ambos rodaron por la colchoneta y ninguno de los dos oyó subir a Adela, que retrocedió al verlos tendidos. Molesta, la sirvienta bajó a la cocina a esperar. Se santiguó varias veces. En la casa reinaba un silencio total y Adela no tenía nada que hacer; sacó su rosario y empezó el rezo con aire melancólico. Un campanillazo la sacó de su arrobó. Esperó a ver si alguien se movía arriba y le respondió el silencio. Un segundo campanillazo la sobresaltó. Decidida fue a la puerta y se encontró con André vestido elegantemente. En la mano. André traía tres rosas rojas. Adela cogió las flores y le cerró el paso:

—No está la señora...

— ¿Que no está?... ¿Fue a la cita con ese individuo?... — gritó.

— ¿Con cuál?... — preguntó Adela.

— ¿Cómo que con cuál? Con el hombre del gorro de astrakán — dijo André alarmado.

—No, no, sucedió algo... no sé qué sería... y el señorito Jesús vino por ella. Noticias de casa. ¿Sabe? Llame más tarde... Muy tarde porque con éstos nunca se sabe.

André parecía desconsolado. Adela cerró la puerta con suavidad. Volvió a la cocina y puso las rosas sobre la estufa:

— ¡Rosas a estas horas! — dijo despectiva.

Hasta ella llegaron las notas melancólicas del clavecín. Cogió las rosas y subió. Dimitri tocaba para su amiga, que sentada en su cama de latón, envuelta en su capa de pieles, lo miraba embelesada. Tenía el cabello en desorden. Adela la vio con disgusto:

— El señorito André trajo estas rosas...

Dimitri se interrumpió y miró a la sirvienta con aire feroz.

— ¡Tíralas! — dijo Úrsula tranquila.

El muchacho se lanzó sobre Adela y le arrebató las flores.

— Las rosas no se tiran nunca — dijo severo.

— Venía a buscar a la señora para cenar con ella.

— Dimitri y yo vamos a cenar aquí solos. Sube las lentejas y el pan — dijo Úrsula tranquila.

Adela bajó con aire aburrido. Dimitri le tendió la mano a Úrsula y ésta quedó en pie. El muchacho la llevó hasta el centro del cuarto, le arregló los pliegues de la capa para que éstos quedaran junto a los pies, como en un cuadro primitivo. Luego le puso los cabellos hacia

adelante como dos trenzas y le colocó las rosas en el cuello, junto a la garganta. Tomó la vela y se la colocó en una mano. Con el resplandor, Úrsula parecía un icono ortodoxo.

– Pareces Santa Isadora. Toca mi cabeza para que Vassily, Serguei y yo, estemos ungidos por la gracia – dijo poniendo una rodilla en tierra e inclinando la cabeza con devoción.

Úrsula, con la mano libre, le tocó los cabellos:

– Isadora está con ustedes, mis valientes, hasta que hayan vuelto a mi lugar y dejemos de ser personas desplazadas – dijo con solemnidad.

Luego le tendió la mano y ambos se sentaron en el borde de la cama, parecían muy abatidos.

– ¿A qué hora vienen por el clavecín? – preguntó Úrsula en voz muy baja.

– A las seis de la mañana – contestó Dimitri sin cambiar de actitud.

– Dentro de diez horas – contestó Úrsula.

– Diez horas sólo para Dimitri – dijo el muchacho con voz trágica. Se tendió en la cama con los brazos sobre la nuca, mirando rencoroso el techo de la habitación.

– A las once tienes cita con André... me guardarás cinco horas de duelo... ¡Ah!, ni eso. Yo te llevaré a su casa a las siete, cuando me vaya – dijo sarcástico.

– ¿Tú?...

– Sí, no puedo dejarte sola. No sabemos quién es el hombre del gorro de astrakán y Serguei y Vassily deben irse muy temprano. Y yo con ellos... mientras nos olvidan. Es decir, mientras nos olvida la policía, que es la única que se ocupa de nosotros y la única también que nos recordará durante algún tiempo – dijo con amargura.

Úrsula se echó sobre él y lo cubrió de besos.

VIII

Al amanecer, Úrsula dormía sobre el pecho de Dimitri, que en vela la contemplaba con ojos desamparados, y al pasarle la mano sobre los cabellos en desorden, tenía cuidado de no despertarla.

A las seis de la mañana, aparecieron Vassily y Serguei en la habitación, conducidos por Adela. Dimitri se puso de pie y Úrsula sobresaltada gritó:

— ¡Dimitri!... ¿Me vas a dejar?

El muchacho condujo a sus amigos al cuarto contiguo, para dirigir la maniobra. Los tres pasaron junto a Úrsula, conduciendo el clavecín con gran cuidado. Úrsula se había envuelto en su capa y con lágrimas en los ojos los miraba hacer. Serguei y Vassily le guiñaron un ojo:

— Sin lágrimas. Volveremos pronto — dijo Vassily alegre.

Úrsula los siguió hasta el piso bajo. En la puerta detuvo a Dimitri:

— ¿Me vas a dejar? — repitió incrédula.

— Todavía lo tendrás una hora. Vendremos por él a las siete — dijo Vassily.

— No. Fiodor y yo quedamos en otra cosa. Yo iré a buscarlos después de dejar a Úrsula. No conviene que se acerquen por aquí a esas horas.

Los muchachos depositaron el clavecín en el suelo y se acercaron a Úrsula. La abrazaron estrechamente y la besaron efusivos:

— Gracias Úrsula, nos veremos muy pronto.

— Volveremos a romper cabezas — dijo Vassily animado.

Y ambos salieron en silencio cargando el clavecín. Dimitri se volvió a su amiga, una vez que sus compañeros se habían ido:

— Empaca tus cosas. Yo no tengo nada que empacar — dijo tranquilo.

— Dimitri, yo no podré vivir cuando tú te hayas ido... — dijo.

— No tendrás tiempo de guardarme duelo... ven, estás descalza y te vas a enfriar — le dijo tomándola en brazos.

Adela vio cómo la subía y movió la cabeza. Dimitri se detuvo:

— ¡Adela!, haga las maletas de la señora. Se van con André — ordenó con voz firme.

Úrsula, abrazada al cuello de su amigo, pedía:

— Quiero irme contigo...

—Pequeña Úrsula, no puedes convertirte en gata de gotera —le dijo Dimitri, tratando de parecer alegre.

—Sí puedo... sí podemos. ¿Verdad, Adela?... —preguntó a la sirvienta con voz esperanzada, cuando la vio aparecer con las tazas y la cafetera.

—¿Que podemos qué? —preguntó la sirvienta tratando de no ver a su ama colgada del cuello del joven.

—Ser gatas de gotera —dijo la joven.

—Vamos, nosotras podemos ser cualquier cosa, gatas o ratones o lobos. Lo que usted diga.

Puntual, a las once de la mañana, llegó André frente a la puerta de Úrsula. Llamó varias veces y nadie contestó. Insistió dando campanillazos y golpeando la puerta. Junto a la puerta estaba un bote de basura en que había zapatos, desperdicios y cosas inútiles que sobran en una mudanza o en un viaje. Se inclinó y vio encima de la basura un corazón de plata brillante como una hoja. Lo recogió y, alarmado, volvió a golpear la puerta. El hombre gordo, que había encontrado el primer día de su visita a Úrsula, apareció en la escalera y lo miró con reproche.

—¿La señora Úrsula? —preguntó André sobresaltado.

El hombre levantó los hombros con desdén:

—Me parece que se fue o se la llevaron... Esta mañana muy temprano vinieron unos extranjeros...

—¿Rusos?... ¿con gorros de astrakán?... —preguntó André aterrado.

El hombre pareció reflexionar:

—Sí, me parece que eran rusos... —dijo despectivo.

André consultó su reloj y bajó las escaleras a zancadas. Eran las once y media. A las doce en punto se halló en el Petit Palais bajo el cuadro de Madame de Pompadour, que sentada frente a su secretaire contemplaba impávida lo que sucedía a su alrededor. Bajo ella, André vio al hombre con la gorra de astrakán. Cauteloso, se acercó a él y lo miró con detenimiento. André no sabía cómo empezar. Su aire atlético y las ropas elegantes lo turbaban. El hombre miró varias veces su reloj y escrutó la galería. André se puso frente al desconocido.

—¿Espera a la señora Úrsula? —dijo amenazador.

El joven lo miró asombrado, luego reaccionó, lo tomó por la solapa y le dijo severo:

—¡Usted es André! ¡Ah! No se complique en este oscuro asunto. No le conviene verse envuelto en esto.

Lo soltó y salió de prisa. André lo perdió en la avenida. Trató de seguirlo en su automóvil, pero el ruso resultaba muy hábil para esquivar a su perseguidor. Era mejor ir a la policía. Se

dirigió inmediatamente al Ministerio de Policía. Subió la escalera a trancos. A esa misma hora, Jesús subió los escalones del piso de su prima Úrsula. Llamó varias veces, con indolencia. Luego, impaciente, golpeó con el puño. Vio el bote de basura con disgusto y volvió a llamar. El hombre gordo subió la escalera de nuevo y miró a Jesús con desdén.

– Se fue...

– ¿Qué dice? – preguntó Jesús asombrado.

– Esta mañana. Vinieron los rusos y luego se fue con uno de los terroristas – dijo simplemente.

– ¿Y Adela? – preguntó Jesús desarmado.

– Se fue también con ellos... Creo que alguien me dijo que uno llevaba un gorro de astrakán...

– ¿Qué?... ¡No es posible! – gritó Jesús.

Bajó a zancadas la escalera y salió corriendo a la calle. Dio vuelta en la esquina y llegó hasta un automóvil estacionado en una callejuela. Ahí, recargado, estaba el hombre del gorro de astrakán. Lo traía puesto como montera de torero.

– ¡Chico! ¡Chico!, se nos pasó la mano. ¡Se asustó tanto que huyó!

El joven del gorro de astrakán pareció preocupado. Cambió el arreglo del gorro y dijo:

– Chico, pues la hicimos buena, porque no se fue con el francés. Se fue con el ruso ése...

Jesús subió al automóvil abatido:

– Bueno, cabrito que tira al monte... nosotros lo hicimos muy bien, sólo queríamos hacerla volver a casa...

– No me culpes a mí. La idea del gorro ruso fue tuya. Debías haberte puesto de acuerdo con Adela.

– ¿Con ésa?... ¡Pero si es su alter ego! Vamos a comer con el loco ese de Abdulla, que me mata de la risa, y a olvidar la historia, Martín. La vida es un juego imprevisible.

Martín arrancó el coche y tiró el gorro por la ventanilla.

– ¡Vaya calorcito que me daba el aparato éste!

Se volvió a Jesús y le dijo serio:

– De esto, ni una palabra a Alfonso.

– Ni una palabra – aseguró Jesús, que se asomó a tirarle besos a una joven que cruzaba la calle.

Fin